

CENTROS CÍVICOS, LA REPÚBLICA ENTRE ASOCIACIONES CIUDADANAS Y ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL

***¿UNA LARGA HISTORIA DE ENCUENTROS Y
DESENCUENTROS CON FINAL FELIZ?***

Los Centros Cívicos son la casa de los ciudadanos: la casa común de los plurales ciudadanos de un barrio. Esta casa, compleja, se gestó con la gente y sus asociaciones a lo largo de los setenta, cuajó en los ochenta y ha pasado por diferentes trances en su gestión organizativa: matrimonio de amores entre ciudadanos, asociaciones y administración municipal, matrimonio de conveniencia, broncas matrimoniales, separaciones con insultos o por cansancio, pasiones repentinas...

El presente y el futuro de los Centros Cívicos no pasa por el matrimonio: es el trío promiscuo entre ciudadanos, administración municipal y asociaciones.

Sólo desde aquí, con un invitado que queremos muy frecuente -la colaboración de empresas éticas- se construye y mantiene barrio de ciudadanos estupendos. Y ciudad de primera.

1.Nacen de un acuerdo de proximidad.

Yo he visto nacer los Centros Cívicos. En los inicios de los ayuntamientos democráticos, cuando dejé la dirección de la revista Ajoblanco y opté por trabajar en lo público y, en concreto, con los jóvenes, fueron el primer gran acuerdo de

proximidad, de relación -hoy diría de complicidad y cogestión- entre la administración y las asociaciones de los ciudadanos.

Todos teníamos la sensación que entrábamos en una conjunción nueva: asociaciones ciudadanas, entonces con gran subrayado de las asociaciones de vecinos, y municipio debíamos aliarnos para dotar a los barrios -qué magnífico lugar para la vida- de espacios comunes. De todos. Y con todos. Los denominamos con el pomposo nombre de equipamientos: cada barrio de la ciudad, equipado. Dotado de infraestructura. Lástima que entonces -qué jóvenes éramos todos y todo- no profundizáramos en lo que significa, en su raíz, equipamiento: equipo. O las personas antes que las piedras, las infraestructuras. Lo pesado. Tal vez porque vivíamos un fervor neófito: estábamos emocionados por construir, libre y públicamente, ciudad de barrios. O barrios de ciudad. Todavía, en demasiados municipios, las piedras van antes que la gente. Edificamos Centros Cívicos a lo Joan Manuel Serrat: **no sabíamos más, teníamos quince años**. Bella canción. Y pésimo parámetro: edificamos desde arquitectos vanguardistas y para la foto. Construimos sin un plan de usos: nos inventamos la madre de todos los desastres: la polivalencia. Todo para todo. Que resultó ser nada se adapta a lo que nos conviene. Pero éramos felices. Nos encontrábamos: discutíamos a rabiar. Hacíamos viajes al extranjero para copiar vilmente. Inventamos aquello de la sociocultura como puente mulato y mestizo -qué placer y fertilidad- entre los asistentes sociales muy/muy sociales y los primeros

albores de los gestores culturales muy/muy artistas. Creamos consejos de dirección: ¡que atrevimiento! Y los increíbles talleres.... Tiempos de innovación, en definitiva.

2.La administración se los zampó con su tremenda hambre de burocratizarlo todo.

No voy a contar una historia de buenos -las asociaciones- y malos, la administración. Sería injusto. Las asociaciones en los ochenta entraron, la gran mayoría, en una tremenda depresión bipolar: la reivindicación permanente frente a la administración y el vivir sólo del dinero de sus subvenciones drogodependientes. A saber, en los Centros Cívicos aportaban poco y se quejaban siempre. Y lo que perdían y pierden era dinero. La administración entró en el huracán del **todo lo voy ha hacer yo, que el pueblo me ha elegido y nosotros los políticos venimos del mundo asociativo y ya sabemos bien que tenemos que hacer.**

El resultado: perdimos todos. Los barrios primero. La administración creció y creció en protagonismo: detectores, servicios, fiestas, comunicación... Hasta privatizar los Centros Cívicos: sólo son de la administración. Coto, pues, privado, abierto al público en general. O no tan general. Con excepciones honrosas, claro. Los Centros Cívicos se protocolizaron, palabra también atroz: todo como en todos los equipamientos municipales. Y, en algunos, se impulsó lo más plus del último tonto: se compactaron:

una cápsula donde todo se interrelaciona para todos. Problema: el cruce de cables gastó la energía en los procesos internos de compactación, excluyendo a los no profesionales: las asociaciones y los ciudadanos. La burocracia siempre es muy repelentemente profesional.

3.Y en estas llegó el festival perenne de los talleres.

Los Centros Cívicos funcionaron bien: muy bien. Hasta mediados de los ochenta. A partir de aquí la administración se los apropia. Van, pero más pausados: los problemas íntimos son los grandes problemas. ¡Señor, que miopía! A finales de la década se halla la piedra filosofal, la solución única, totalitaria: el tallerismo generalizado. **Mire usted, especialmente señora o niño, apuntarse a un taller perpetuo y goce de esta su casa otra, del Centro Cívico.**

Exitazo. Los Centros Cívicos se convierten en fábricas, en academias de talleres con monitores que repiten lo mismo mismamente, taller tras taller. Con unas cuotas módicas. Ni sociales ni culturales, pues: Artesanos del entretenimiento generalizado. A tope.

Macdonals de lo sociocultural, entendido como **nosotros se lo masticamos y ustedes sólo deben montarlo, fácilmente. En esta, su casa taller de tardes del todo a cien.**

Mientras los Centros Cívicos engordaban hasta ponerse enfermos de tanto taller, los gestores culturales se adueñan de lo más nuevo y lo más ya: lo imprescindible son los artistas, sus obras. Sus espectáculos. Así que vamos a reconvertir los Centros Cívicos en Centros Culturales. Ojo, no nos engañemos: cuando hablan de Centros Culturales piensan en Centros del Espectáculo. A lo bruto: el gran salto cualitativo optó por transformar el Macdonals de Tallerismo Generalizado en el Holliwood del Espectáculo total y Permanente: ¡Sorpresas te da la vida!

Mientras, las asociaciones andan calladas: los ochenta fueron años de desierto. Los primeros noventa, felizmente, de reinvención del sector. ¡Al fin! Un sector diferente. Más plural: con asociaciones preocupadas menos por lo general/bonito y más por lo concreto/solucionable.

4. Los ciudadanos abandonan los Centros Cívicos, chatarra para el desguace en cada barrio.

No soy objetivo, lo sé. Soy emocional: cuento cómo he vivido la historia de los Centros Cívicos en primera línea de la administración municipal. Soy daltónico: pero no ciego.

Los Centros Cívicos que empezaron con un enamoramiento y boda entre los ciudadanos y la administración municipal a través de los magníficos oficios organizativos de las asociaciones, terminaron en ruptura. Primero con el sector asociativo. Y, después, con el abandono primero progresivo y luego masivo de los ciudadanos del hogar común, matrimonial, cívico, compartido.

Todo, en esta historia, es opinable. Contravertido. Pero hay algo que es lo alarmante. Grave. Imperdonable. Es esto: el desinterés, la abulia, el abandono de los ciudadanos. De los plurales ciudadanos del barrio. Los abandonaron porque los Centros Cívicos no se preocupan de sus cosas. De sus vidas íntimas y comunes. Pasan. Están ensimismados en lo suyo: cuestiones internas, organizativas, etéreas. No los motivan. No les seducen. Esperan, los Centros Cívicos, que los ciudadanos los llenen porque son públicos. Y ya está. Por narices. Los ciudadanos pasan: lo que les proponen no es de actualizad. No ofrece esperanzas. No es interesante. Se quedan en su casa. O optan por otras oportunidades. Por otras ofertas. Como mínimo más atractivas. Más de hoy. O por la tele: no peor que lo que se ofrece en muchísimos Centros Cívicos con calidad 0, oportunidad 0, interés 0, comunicación 0, **y yo me lo monto/yo me lo guiso**, 10.

Los ciudadanos son inteligentes. Yo estoy con ellos. No con los que dicen, desde el interior abunkerado de los Centros Cívicos: **¡no nos comprenden!** Menudos estúpidos engreídos esos feudales de los Centros Cívicos amurallados, llenos de lo que sólo a ellos y a sus amigos les gusta. Son un peligro público.

5.No hay mal que por bien no venga: las asociaciones atacan de nuevo.

A mediados de los noventa las asociaciones de los ciudadanos empezaron, otra vez y felizmente, a incordiar en los barrios de la ciudad. Pero ya no con la sola reivindicación: las eternas descontentas, protestonas empedernidas. Ahora se alza su voz cívica, ciudadana y de acción. Proponen. Diseñan. Plantean retos. Y están, con servicios y proyectos concretos, constatables, buenos, en la vida cotidiana de los ciudadanos.

Asociaciones de gente mayor, de cooperación internacional, de salud, de cultura, de medio ambiente, de comunicación, de educación, de economía social..., se han reinventado desde equipos de dirección emprendedores y cooperantes, desde equipos de voluntariado en acción directa, ¡Bravo! Son los tiempos de la reinención, lenta, distinta, con tres pasos delante y uno atrás, del tercer sector: el de las

asociaciones de los ciudadanos. Yo estuve metido en esta reinención: un despertar de responsabilidad ciudadana que todavía, no ha terminado. Y no debe parar.

Muchas de estas asociaciones ciudadanas empezaron a enamorarse, a colarse, a meterse, a infiltrarse en los Centros Cívicos. Primero para que les dejaran un espacio. Después para montar algo dentro de la programación habitual. Más tarde para compartir algunos proyectos. Después, ya en red de asociaciones, para impulsar una nueva dinámica a los Centros Cívicos que, con el tiempo, pasaron a ser estrictamente ayuntamentísticos.

Es verdad que algunas asociaciones han estado siempre relacionadas con los Centros Cívicos. Y que algunas han estado más o menos vinculadas en su gestión. Más como consultantes o figurantes de bonito que como codecisoras y cogestoras. Aquí también hay excepciones. Contadas.

Hoy por hoy, repito lo de felizmente, el entorno organizativo y de concepción ciudadana de los Centros Cívicos se mueve. ¿Hacia donde?.

En esquema: hacia su nueva y diferente ciudadanía. A saber: Centros Cívicos compartidos, cómplices, implicados con la ciudad de proximidad que son los

barrios, motores potentes de sentido ciudadano desde todas las pluralidades para la casa común de la ciudad, conciencia emprendedora y acción de ciudad solidaria... Asociaciones ciudadanas y administración municipal, para estos Centros Cívicos, quieren sumar ideas, recursos, esfuerzos: quieren codecidir su planificación y evaluación y cogestionar sus servicios y comunicación. Porque asociaciones ciudadanas y administración municipal se entienden y funcionan como organizaciones relacionales: entre sí. Y, ambas, con los ciudadanos. Que son lo únicos que importan en los Centros Cívicos. **Los protagonistas son, siempre, los ciudadanos: su calidad de vida.** En los Centros Cívicos lo importante, lo único realmente importante, es la gente. **La gente que está con ellos. Y, más importante todavía, la gente que no está con ellos: tienen que conocerlos y valorarlos para que formen parte de su vida cívica.** Lo decía Billy Brand: ¡me molestó!. Bravísimo: me molestó en acercarme al Centro Cívico porque es donde siempre alimento mi ciudadanía y me meto en alguna acción para un barrio, una ciudad y un mundo mejores.

Para este empeño nuevo, empañador, ciudadano, las asociaciones ciudadanas y la administración municipal invitan a las empresas activas, las empresas con dimensión ciudadana, a sumarse al proyecto Centros Cívicos.

Éste es el nuevo horizonte de trabajo.

6.Las nuevas relaciones cívicas entre asociaciones ciudadanas y administración municipal

Un consejo: abandonemos la historia, las historias difíciles de las relaciones entre asociaciones ciudadanas y administración municipal. Y sentémonos con generosidad. Poniendo encima de la mesa a los ciudadanos del barrio, del entorno del Centro Cívico. No en abstracto: con sus necesidades y retos. Y, desde aquí, cotrabajemos. Implicadamente. Cómplicemente. Desde la mutua autonomía. Todo lo que no parta de aquí, de los ciudadanos, comporta prolongar la tragicomedia del tirarse los platos por la cabeza, el alimentar personalísimo que se creen destronados, las intrigas palariegas por el temario de los escudos/logotipos... ¡Qué cansancio y pérdida de tiempo! ¡Que irresponsabilidad mutua!

Dejo para después la nueva concepción relacional de las administraciones municipales. Y me centro en el de las asociaciones ciudadanas, que son quienes han centrado mi trabajo y mi pasión estos últimos años.

¿Cuales son las asociaciones cívicas, de interés ciudadano, que no pueden dejarse fuera del nuevo proyecto de los Centros Cívicos? A grandes trazos, en plan decálogo.

6.1. Las que sitúan a los ciudadanos, con sus necesidades y retos concretos, en el centro de sus decisiones: de todas, incluso las más internamente organizativas.

6.2. Las que optan por equipos de liderazgo ciudadano en la proa de la asociación: gente abierta, dialogante, cooperante, emprendedora, con ideas, implicada en el barrio y sin tics personalistas y partidarios.

6.3. Las que confían y dan protagonismo a los equipos de voluntariado: gente que trabaja eficaz y cómplicemente con gente.

6.4. Las que optan por servicios o proyectos de calidad, actuales, surgidos de conjuntos de ciudadanos en dificultades o que plantean una vida mejor: servicios continuados, que los ciudadanos valoran.

6.5. Las que establecen una relación continuada con otras asociaciones: están y actúan en la red de las asociaciones de barrio y la ciudad. En red activa: comparten servicios y proyectos.

6.6. Las que dialogan y establecen acuerdos con la administración municipal, sea del partido que sea quien la gobierne: el municipio en casa común todas las asociaciones porque ellas también trabajan para una ciudadanía mejor.

6.7. Las que comuniquen directa e implicadamente con los ciudadanos: vibran con lo que se les presenta.

6.8. Las que inviten a los ciudadanos del barrio a opinar y meterse en los servicios y proyectos de la asociación.

6.9. Las que tienen el soporte de socios: los socios son el capital ciudadano que avala la imprescindibilidad de una asociación.

6.10. Las que tienen proyecto de futuro trazado para los ciudadanos del barrio, abierto a la ciudad y el mundo: están dispuestas a hacerlo realidad, con las estrategias diversísimas. Cuando sea necesario, armándola, claro.

Con estas asociaciones ciudadanas, el actual soso y pomposo –y nada creíble- discurso actual sobre la participación que los ayuntamientos vociferaron, no tiene ningún interés. Porque es más de lo mismo: **os consultamos, nos dais soporte, bla, bla, bla... Pero no formáis parte -¡participación!- de la organización de los Centros Cívicos.** Ya no: ya no más discursos en el aire, de grandes intenciones, fervorosos y paternalistas. Ya no: una administración municipal es democrática: debe cogobernar, hoy, con la gente, con sus organizaciones. El reinado monárquico del sólo los partidos, terminó. No va: no puede con la complejidad de los tiempos. Y es democracia de segundas: representativa y sin la gente.

Unos apuntes para la administración municipal. Debe reinventarse. También. Como administración relacional.

- **Debe ser más ciudadana y menos –muchísimo menos- partidaria.**
- **Debe optar siempre por la proximidad: escuchar, responder en diálogo, implicar, consensuar, compartir...**
- **Ha de optar, clara y decididamente, por una administración no al servicio de los ciudadanos: con los ciudadanos, que es una administración municipal radicalmente distinta. Y mucho mejor.**

- **Esta administración con los ciudadanos sólo es posible con la cooperación activísima del sector asociativo.**
- **En definitiva: hoy no es suficiente una administración municipal de servicios de calidad: necesitamos una administración relacional: implicativa. Que construya y mantenga ciudad con todos.**

7.Los Centros Cívicos como república entre asociaciones ciudadanas y administración municipal

En el debate sobre Centros Cívicos de Vitoria, alguien apuntó, en el debate que como trabajador municipal a él le pagaban para saber qué tenía que hacer en los Centros Cívicos como profesional. Lo maticé: **a mí me pagan para que, como trabajador municipal, me confunda, me ajunte –esto es ayuntamiento- con los ciudadanos para trabajar cómplicemente con ellos.**

Koldo Echevarría, profesor del Instituto Público de ESADE y uno de mis maestros en lo público, me pilló al final y me dijo: **Toni, quería entrar con tu respuesta torrencialmente relacional. Desde que estoy en Washington me he vuelto más y más republicano: necesitamos una fuerte presencia para las cosas públicas. Está bien el sumar: el liderazgo es municipal. Y con fuerza.**

Sí a todas. Soy de los que creo que un Centro Cívico es un nexo, un motor de complicidades para la **res** pública: la cosa pública. La cosa de todos y con todos. Los Centros Cívicos, hoy en especial, están en cada barrio para construirlo, acrecentar y mantener **res** pública: casa común. Son, ellos mismos, imagen de **res** pública: siempre comparten. En los tiempos de lo hiperindividual, del hiperconsumo..., los Centros Cívicos son fábrica y **respública**, de civismo ciudadano: de barrio compartido.

Estos barrios **respublicanos**, la ciudad **respública**, pero, no son cosa sola de la administración municipal. Y las otras administraciones. Ser más **respublicanos** es cosa de, primero, los propios ciudadanos: hoy deben comprender y asumir que la ciudad común es cosa suya: **deben molestarse en hacerla posible cada día**. Desde sus aportaciones cívicas cotidianas. A partir de su barrio. Motivados, segundo, por sus propias organizaciones: las asociaciones ciudadanas. Que son públicas: de la gente asociada para algo importante. Vital, para los ciudadanos: un conjunto o la totalidad: las asociaciones, aquí, son líderes de calidad de vida espléndida. Con el soporte, claro, de la administración municipal que convoca, cómplice, relacional y amablemente para la casa común. Y el soporte, a menudo, de otras administraciones y empresas éticas.

Trabajar esto. Meterse en esto. Darle forma a esto. Aquí está el presente y el futuro próximo de los **Centros Cívicos Respublicanos**.

Toni Puig/tpuigp@hotmail.com